



## ¿Dios inicuo o atados a los azares del destino?

*Desearía que Dios bajara del cielo como el cordero  
que quita los pecados del mundo. Entonces lo desolláramos vivo  
y lo tragáramos en una de las festividades  
de un pueblo que le rinde culto a su santo.*

.....  
*La virginidad se le concedió a María, pues Jesucristo,  
aun en estado fetal, traía consigo los clavos  
con los que deseaba ser crucificado; luego,  
cual serpiente que rompe su huevo con el cuerno que se le ha dado y  
perderá en tal acción, le desgarró el vientre  
sin tocarle siquiera el himen. Él, ansiaba la muerte, pero  
¿cómo hacerlo sin haber vivido y haber sembrado mentiras  
en la boca occidental antes? Hasta lo grotesco es divino,  
hasta la renuncia a la vida es celestial  
si se trata del suicidio predestinado en una cruz.*

### Introducción

Cuando se piensa en la Biblia, debemos considerar también a Spinoza y sus *Cartas del Mal*, porque las letras del texto enunciaban, algo así: “En lo que a mí concierne no he aprendido ni aprenderé ningún atributo eterno de Dios de las Sagradas Escrituras.”<sup>1</sup>

Esta cita es una de las causas por las que en el presente ensayo se decidió investigar las respuestas que la Biblia nos ofrece acerca del sufrimiento; además de que primordialmente se hace porque se dice que dicho libro –la Biblia– está inspirado por Dios. Ciertamente, ya entrando sucintamente en el tema, esto último oculta brevemente la lógica y ensucia el pensamiento de la sociedad occidental y, actualmente, de la americana. No obstante, la razón siempre encuentra recovecos de salida entre la luz fulgurante del cielo (hábitat del altísimo) y trata de cuestionar si lo que se presenta por la iluminación divina es justo lo que responde a una de las preguntas más importantes de la humanidad: ¿por qué sufrimos?

<sup>1</sup> Spinoza, B. *Las cartas del mal*, Editorial Caja Negra, 2008, Argentina, p. 60.

Por tanto, la filosofía, escondida antaño entre bambalinas, sale al encuentro y esboza respuestas. Entonces, la moral cristiana y la dialéctica se enfrentan, y surge la cuestión vital: ¿tiene sentido el sufrimiento? ¿Qué podemos hacer ante una vida llena de dolores que se expresan diariamente en los periódicos y en fatídicos hechos en las noticias?

Puestas en mesa estas preguntas es cuando surge la escisión de visiones. Por un lado, se halla el sufrimiento mesiánico, en el que se hace presente algún tipo de divinidad; y en el otro, aparece el sufrimiento trágico o secularizado, el cual soslaya completamente a Dios y, de hecho, lo deja fuera de lugar, no existe. Por ello, el presente ensayo pretende dar una pequeña ojeada a dichas visiones y observar si nos parecen justas, claras y convincentes o, si por lo menos, poseen lógica y coherencia.

### **El sufrimiento mesiánico**

La pregunta podría plantearse así: ¿Responden las Sagradas Escrituras, que han sido y son fuente particular de influencia en el pensamiento de la sociedad (específicamente de la sociedad occidental) al porqué del sufrimiento?

El alegato principal de este apartado consiste precisamente en eso, en averiguar si podemos obtener por parte del Antiguo y del Nuevo Testamentos, claras y convincentes respuestas a dicho problema que ha aquejado a la humanidad.

Se cuenta en el Génesis, que Dios castigó a Adán y a Eva por haber desobedecido el mandato que refería no comer del fruto prohibido. Sin embargo, Eva es engañada por la serpiente y come, y ella misma le ofrece a Adán. Luego, Dios, en uno de sus paseos matinales por el jardín del Edén, se percata que los seres que había creado se escondían de él porque se encontraban desnudos, se apenaban de su aspecto, conocían la vergüenza, esto es, habían infringido el mandato divino: habían comido del fruto prohibido que les desvelaba el conocimiento del bien y del mal. Entonces, Yahvé los castiga con la mortalidad, los destierra del paraíso y, además, los predispone a sufrir de manera particular y diferente:

A la mujer le dijo: multiplicaré tus sufrimientos en los embarazos y darás a luz a tus hijos con dolor. Siempre te hará falta un hombre, y él te

dominará. Al hombre le dijo: por haber escuchado a tu mujer y haber comido del árbol del que yo te había prohibido comer, maldita será la tierra por tu causa. Con fatiga sacarás de ella el alimento por todos los días de tu vida. Espinas y cardos te dará, mientras le pides hortalizas que comes. Con el sudor de tu frente comerás tu pan hasta que vuelvas a la tierra, pues de ella fuiste sacado. Porque eres polvo y al polvo volverás.<sup>2</sup>

La maldición humana, pues, será el dolor consustancial que ha sido infligido por Jehová desde los primeros días. Por tanto, en cuanto Adán y Eva se insubordinan a Dios, éste los condena, es decir: *la desobediencia, implica castigo*.

En efecto, la manera en que el Antiguo Testamento introduce al castigo es la primera muestra de la ira de un Dios que no soporta que le incumplan, que detesta que no se hagan las cosas como él planea. Aun así, su enojo, por lo menos durante este prolegómeno de la Caída, no tiene sentido lógico si podemos pensar que Dios, ser todopoderoso y omnipotente, como lo describe la misma Biblia, sabe lo que va a suceder y, no obstante, se aíra. La inocuidad de Dios se desata desde el primer pasaje bíblico. De igual manera, se atisba la primera exacerbación de la libertad humana o mejor dicho, del *libre arbitrio*. Concepto elemental para la argumentación medieval y cartesiana, que soporta e intenta resolver la existencia del mal (el cual es una de las causas del sufrimiento humano), incluso con la presencia de un Dios bondadoso y amoroso. Los hombres de esa época arguyen que el ser humano está dotado de una libertad inconmensurable, pues Dios es bueno y nos deja decidir en la mayoría de los ámbitos. Pero por nuestra ingratitud e imperfección nos desviamos de la esencia primigenia de la que fuimos dotados, ya que el hombre es bueno por naturaleza; mientras que en el transcurso de la vida, gracias a que Adán y Eva comen del fruto prohibido, conocemos el mal, que no es sino falta de bien. Nuestra libertad, por tanto, es puente para la producción del sufrimiento tanto propio como ajeno (el pecado) y, consecuentemente, del castigo que Dios nos propicia debido a nuestra actitud díscola respecto a sus órdenes, no olvidando que lo hace para que volvamos al camino correcto.

<sup>2</sup> Génesis 3:16-19. *La Biblia Latinoamericana*, Editorial Verbo divino, Edición Revisada, 2005.

Estos castigos están sumamente remarcados durante toda la Biblia, pero particularmente en algunos libros históricos. Por ejemplo, en Amós podemos comprender que el pueblo de Dios será castigado debido a que han pecado, han infringido la ley divina, han utilizado su libertad de una forma errónea.

Primeramente, Amós de Técoa, comienza vaticinando desgracias contra los pueblo limítrofes de Israel (exactamente siete), para después decir que Dios también castigará a su pueblo elegido. Escribe Amós:

Así dice Yahvé: "Mi sentencia en contra de Israel por sus muchos crímenes será sin apelación. Porque vende al inocente por dinero y al necesitado por un par de sandalias, pisotean a los pobres en el suelo y les impiden a los humildes conseguir lo que desean. Padre e hijo faltándole el respeto a mi santo nombre, tiene las relaciones con la misma mujer; tomando las ropas prestadas se acuesta en cualquier altar, y con el vino de las multas se emborracha en la casa de su Dios. Yo, sin embargo, en atención a ustedes destruí a los amorreos [...] Yo también a ustedes los saqué de Egipto y los conduje por el desierto durante cuarenta años [...] Yo, de entre sus hijos hice surgir profetas [...] y a los profetas le prohibieron predicar. Pues bien, por todo lo que ha hecho, yo los voy a aplastar contra el suelo como aplasta la tierra la pala que muele la tierra".<sup>3</sup>

Nuevamente: Dios no soporta el desacato del pueblo judío. No soporta todos los pecados que han cometido bajo el don de libertad, y los va a fustigar severamente. El pecado es fuente de suplicios. Por ello, Amós, en uno de sus pasajes que es bastante controversial, y que incita a contestar las preguntas con un "no" firme, nos deja concluir rotundamente que Dios es la causa principal del sufrimiento humano. Es la clara advertencia de que Dios no permitirá desvío alguno de sus órdenes:

¿Caminan acaso dos juntos sin haberse encontrado? ¿Ruge el león en la selva sin que haya presa para él? ¿Lanza el leoncillo su voz desde el cubil, si no ha atrapado algo? ¿Cae un [...] a tierra en el lazo, sin que haya una trampa para él? ¿Se alza del suelo lazo sin haber hecho

<sup>3</sup> Amós 2:6-16. *La Biblia Latinoamericana*, Editorial Verbo divino, Edición Revisada, 2005.

presa? ¿Suena el cuerno de una ciudad sin que el pueblo se estremezca? ¿Cae en una ciudad el infortunio sin que Yahvé lo haya causado?<sup>4</sup>

Dios es, por tanto, el causante de los males y desastres del pueblo, de su pueblo "el elegido": de las sequías, de las hambrunas, *del sufrimiento*. Siempre buscando el arrepentimiento de los hombres y pretendiendo que regresen a las normas que él ha establecido. Hasta que el castigo sea el justo, hay esperanzas de que Dios vuelva a cuidar de ellos, pero antes deberán haber pagado severamente su desobediencia. Sin embargo, nos dice Bart D. Ehrman que:

este conjunto final de predicciones nunca se cumplió. El reino septentrional de Israel en realidad nunca sería restablecido, e incluso lo que luego se conocería como Israel (el reino meridional de Judá) fue destruido, no una sino varias veces a lo largo de los años [...] La nación y los pueblos del reino septentrional desaparecerían de la faz de la tierra para nunca reaparecer.<sup>5</sup>

El Dios del pueblo judío hizo escarmentar a su pueblo y parece ser que *nunca* perdonó las transgresiones a su ley.

Aún más: parece ser que el sufrimiento es, hasta cierto punto, no sólo injusto sino también absurdo. Esto lo vemos claramente en el pasaje que narra la destrucción de Sodoma y Gomorra. Yahvé es clemente con Lot y su familia y les deja que salgan de la ciudad, sólo y únicamente con una nimia condición: que mientras huyan no miren hacia atrás. No obstante, la mujer de Lot lo hace y es convertida en una estatua de sal.<sup>6</sup> Hasta la más mínima y absurda desobediencia, *aun cuando no se trate de un pecado*, será sancionada, quizás, hasta matar al infractor o convertirlo en una salada efigie de iniquidad.

¿Es justo el sufrimiento en dichas situaciones? ¿Hay una respuesta congruente que se adecúe a nuestra realidad? Somos libres, desobedecemos y entonces somos reprendidos; pero, obedecemos, respetamos las leyes de Moisés y, sin embargo, parece ser que no hay

<sup>4</sup> Amós 3:3-6. *La Biblia Latinoamericana*, Editorial Verbo divino, Edición Revisada, 2005.

<sup>5</sup> Bart D. Ehrman, *¿Dónde está dios? El problema del sufrimiento humano*. Editorial Ares y Mares, traducción al castellano de Luis Noriega, España, 2008, p. 50.

<sup>6</sup> Cfr. Génesis 19:26.

perdón pues el sufrimiento continúa postergándose *ad infinitum*. ¿Será el Dios amoroso el que inflige este tipo de castigos? ¿Dios nos creó a su imagen y semejanza, y hasta en la ira somos similares a él? La respuesta que brinda casi todo el Antiguo Testamento es esta: Dios no puede contener su enojo y decide castigar al pueblo que le ha desobedecido gracias al *libre albedrío* que le fue otorgado. Y aun, siguiendo sus pautas, el sufrimiento viene a la humanidad; aun los malvados sufren menos, o peor todavía, no sufren: ¡inicuo! Obviamente.

Al parecer la respuesta que ofrecen hasta aquí los libros proféticos del Antiguo Testamento es precaria y muy poco satisfactoria, pues éste no es el Dios amable, amoroso, cariñoso e indulgente que el vulgo concibe. Dios es un ser flamante dispuesto a despedazar a su pueblo por no venerarle y obedecerle, porque el sufrimiento *es un castigo debido al pecado*.

## La redención

Explican ciertos pasajes de la Biblia que Dios posee la capacidad de sacar bienes de los males, que después de haber sufrido los más grandes dolores vendrá la apacibilidad. Esta respuesta al sufrimiento, más específicamente hablando, al sufrimiento de los inocentes, se llama redención, la cual muestra que el sufrimiento es necesario para forjar el carácter del individuo, pues Dios sabe lo que hace.

Pongamos como ejemplo la historia de José, hijo de Jacob. Cuentan que éste era el preferido de su padre, y por ello, sus hermanos lo envidiaban. José tiene dos sueños que vienen a empeorar la situación. En el primero –se cuenta– se están atando haces de mies en el campo y todos los haces se inclinan ante el de José. En el segundo, el sol, la luna y las estrellas se inclinan ante él. La interpretación es obvia: José subordinará a todos, incluyendo a sus padres. No les parece grato a sus hermanos y deciden venderlo como esclavo mientras a su padre le llevan la túnica que le había regalado, la cual manchan con sangre de cabrito. De esta situación devienen sufrimientos ineluctables. Aun así, por sobre todos los males, José triunfa, y puede Dios, consecuentemente, salvar a su pueblo.<sup>7</sup>

<sup>7</sup> Cfr. Génesis 50:19-20.

De igual forma, la redención sirve para que Dios sea glorificado. En el Nuevo Testamento, en el caso de Lázaro, Jesús deja que éste muera para que después él mismo sea quien lo traiga nuevamente a la vida; y así también él sea a quien glorifiquen.<sup>8</sup>

Otro ejemplo es el de rey David, que ruega a Dios que salve a su hijo, hijo que es resultado de la seducción de su vecina. No obstante, éste muere a pesar de no haber hecho nada malo. Es claro que existe una muestra de sufrimiento a causa del pecado (desobediencia, violación de la ley de Moisés), sin embargo, el niño no deja de ser inocente. Se ha tomado como castigo la vida de un niño, de un ser inocuo e inculpable. Después, Dios les "recompensa" con un nuevo hijo, nada menos que con Salomón, a través del cual el mismo Dios prometió establecer un trono eterno para su pueblo. Así, podemos decir que Dios, aparentemente, saca del mal un bien.

El argumento en contra, en el caso del Rey David, sería que un Dios amoroso y clemente no permitiría que un niño muriera injustamente. En dado caso, el Rey David debería haber muerto, pues él es el agente pecaminoso. La cuestión que se impone ante esta situación es parecida a la que se enfrenta Iván de *Los Hermanos Karamásov*, de Fiodor Dostoyevski, al pregonar al noble Aliosha:

Imagina que estás construyendo el edificio del destino humano con el propósito de hacer a la gente feliz al final, darles al fin paz y reposo, pero que para ello debes, forzosa e inevitablemente, torturar tan sólo a una pequeña criatura, a esa niñita que se golpea el pecho con sus nimios puños, y levantar tu edificio sobre el cimientto de sus lágrimas sin recompensa. ¿Aceptarías ser el arquitecto de esas condiciones?<sup>9</sup>

No se pretende en absoluto afirmar que la redención no es fructífera, pues ciertamente forja el carácter, como en el caso de José; o también que, en una mente llena de fe y fantasía, se crea que surgirá un milagro como en el caso de Lázaro; empero, no se puede concebir la idea de ver sufrir a un niño (como en el caso del hijo del Rey David), o que un bebé de Etiopía saque algo provechoso de su desnutri-

<sup>8</sup> Juan 11:4. *La Biblia Latinoamericana*, Editorial Verbo divino, Edición Revisada, 2005.

<sup>9</sup> Dostoyevski, F., *Los hermanos Karamásovi*, traducción de José Laín Entralgo, Debate, Madrid, 2000, p. 245.



ción, o que una pandilla de asaltantes drogadictos mate brutalmente a tu familia. Es decir: no todos los casos entran en este tipo de redención, la que primeramente te pone a prueba, y después te recompensa con hermosas circunstancias posteriores al dolor. En el mundo real, en la experiencia, ante la oteada a un planeta sufriente a cada segundo, esto es sumamente incierto, pues parece que muy pocas personas pueden disfrutar de las recompensas del sufrimiento. En caso contrario, ante el sometimiento fútil del pensamiento bíblico, creyendo que habrá una recompensa por Dios, sólo se puede llegar a engañarse, acostumbrándose a las vicisitudes indómitas de la vida, para hacerla menos pesada. Seguramente, después de que José fue la salvación para el pueblo judío, hubo centenares de personas que sufrieron de bastantes circunstancias: ¿quién puede asegurarnos que no pudo haber sido de este modo? Ciertamente, se sabe que es posible que aquello no haya sucedido, que José ni siquiera haya existido. La historia fuera de la Biblia no cuenta ni ápices de estos hechos. Por tanto, la metáfora que nos queda sólo es la de una levísima esperanza de que la mayoría de las veces no llega a consumarse; preguntémoselo al pueblo de Judá que, como hemos visto, desapareció de la faz de la tierra.

Si Dios, clemente y misericordioso, quisiera que sucediera lo que sucede en el mundo, que las guerras absurdas por el petróleo continúen, que miles de personas mueran al día injustamente, que nazcan miles de niños con males congénitos, que malos sufran menos que los que buscan lo justo, que existan drogas que maten a miles de jóvenes y separen a familias; en fin, que la mayoría de los sufrimientos no devengan en algo positivo, entonces implicaría necesariamente decir que la redención sería inequitativa y nada justa por las pocas personas que logran vivirlo, si es que es así. Parece ser que en ciertas ocasiones el sufrimiento deja secuelas nada provechosas para poder argumentar que se trata de una cuestión de redención o superación. De igual manera, sería inequitativo que la muerte o sufrimiento de otro me ayude a mí o al bienestar de otros más. Creemos que resulta egoísta darle gracias a Dios porque sólo a algunos da alimentos y a otros tantos millones no.

Entonces, ¿por qué sufrimos? ¿Cuál es la explicación más cierta y justa que puede darnos la Biblia? Al parecer, no hay respuesta.

## Escepticismo bíblico

Nos tomaremos la libertad de mezclar una visión que está fuera de contexto con el tema a tratar en este aparatado. Sepa el lector que no es nuestra culpa, sino que culparemos a las extrañas mezcolanzas, o mejor dicho, a las visiones entrelazadas, contradictorias entre sí, de la historia de Job, pues la misma ofrece dos respuestas:<sup>10</sup> que *no hay respuesta* al porqué del sufrimiento y que el sufrimiento *es una prueba de fe*. Esta última, que comprende toda la parte en prosa, es una de las tantas visiones clásicas del vulgo: *aceptar el mal como aceptamos el bien que viene de Dios*.

Yahvé quiere probarle a Satán<sup>11</sup> que existe un hombre justo en la tierra: Job. Por ello le somete a los más crueles sufrimientos: asesinan a todo su ganado, mueren sus hijos por los vientos fuertes que destruyen la casa del mayor de éstos donde se encontraban comiendo y bebiendo, le hieren dejándole una llaga incurable y, a pesar de todo esto, Job sigue fiel a Dios. Consecuentemente, Yahvé le recompensa por su estoicidad y permanente fidelidad: le otorga catorce mil ovejas, seis mil camellos, un millar de yuntas de bueyes, mil asnos y le da otros siete hijos. Job, en adelante, vive serena y apaciblemente. En efecto, la respuesta a por qué sufre la gente inocente es porque Dios comprueba de esta manera que la devoción del sufriente es desinteresada.

Empero, parece que dicha respuesta generaría reticencia en cualquier individuo si la somete a disquisiciones profundas, pues desde un inicio se puede pecar que Dios pone a prueba a Job sólo para mostrarle a Satán que sí existe un ser justo en la tierra. Esto es inicuo, injusto, pues si es Dios, todopoderoso y omnisapiente, no necesita probárselo a nadie, no debe dudar de lo que percibe en los

<sup>10</sup> Ehrman menciona en su texto (*¿Dónde está dios? El problema del sufrimiento humano*) que el libro de Job que ha llegado hasta nosotros es una obra de, por lo menos, dos autores diferentes que son contradictorios en sus visiones. Entonces, el autor de las líneas en prosa (respuesta de *prueba de fe*) es diferente al de las líneas poéticas (el cual indica que *no hay respuesta*). Cfr. p. 165.

<sup>11</sup> Hay que dejar en claro que en este texto no se hace alusión al Satán más tarde denominado específicamente por los profetas apocalípticos como Satanás o Lucifer: el Diablo; sino a aquel que estaba dentro del consejo de Dios, un grupo de entidades que regularmente le informaban y recorrían el mundo haciendo su voluntad.

seres humanos. O, de tener necesariamente que probarlo, ¿por qué no buscó, si su inteligencia supera a la de cualquiera, otros medios menos crueles y más sencillos? O, ¿por qué matar a sus hijos?, ¿por qué, si es poderosísimo, no se los devuelve intactos, en vez de reemplazarlos con otros diferentes? ¿Creía acaso Yahvé que un hijo es reemplazable como una televisión, un celular u otro objeto material?

En cambio, en el apartado poético, mientras que los amigos de Job insisten en que la causa de su sufrimiento es un castigo por el pecado, éste no entiende por qué sufre. Dios, por su parte, se niega a dar explicaciones, esto es, él sabe lo que hace y lo que debe suceder. Desmesuradamente afirma que él es todopoderoso y, que siendo así, nadie puede cuestionarle; él sabe lo que es bueno y que un humano no tiene el derecho de decirle qué es justo o injusto, equitativo o inequitativo. Debe simplemente confiar. Es decir, que tanto Job como todos los seres inocentes tienen que imaginar a un Dios que les quita todo, los hace sufrir sólo por prueba, aun él siendo omnisapiente, y los hace sentirse seres miserables.<sup>12</sup> En otras palabras, enuncia la parte poética del libro de Job: que no hay respuesta al sufrimiento y no hay por qué buscarla, pues de hacerlo así, Dios alzaré el látigo.

Siguiendo esta premisa, hallamos la postura del Eclesiastés que es un libro de especie antisapiencial, ya que su pesimismo y escepticismo son claros al negar la tierra y manifestar el sinsentido que en ella hay. Para el autor, igual que como se expresa en el apartado poético del libro de Job, no hay respuesta para el sufrimiento. De hecho, el concepto clave de todo el libro es *Hevel*, que se refiere a vanidad, que bien se puede interpretar como lo vacío, fugaz y efímero. Las cosas que se dan en la vida son vacías y pocas, no hay sentido en ella, ni tampoco en luchar por ella en absoluto. El autor del libro menciona que hizo todo lo posible para hallar sentido a su existencia, y que ni la sabiduría ni el placer ni cualquier otra empresa realizable fue fuente de fruto, pues el fin último es la muerte, y no hay vida después de ella. Dice entonces: "Luego, reflexioné en todas las obras que había emprendido y en todas las molestias que me había costado su realización. Pues bien, no se tiene nada, se corre tras el viento; no hay nada qué ganar bajo el sol".<sup>13</sup>

<sup>12</sup> Cfr. Job 1:11.

<sup>13</sup> Eclesiastés 2:11. *La Biblia Latinoamericana*, Editorial Verbo divino, Edición Revisada, 2005.

El autor, por supuesto, no niega a Dios, sino que pretende exhortar a disfrutar de las cosas sencillas de la vida: "No hay mayor felicidad para el hombre que comer y beber, y disfrutar en medio de sus fatigas."<sup>14</sup> Dios es quien provee esto, claro, sin que deje de ser efímero, momentáneo y breve. No obstante, sí niega una vida en la que se recompense a sabios, buenos y justos; en la que haya un castigo eterno y perturbador. La vida terrenal es lo único que tenemos; es decir, que no hay trascendencia a lo divino, ni un retorno al paraíso.

¿Qué dice el Eclesiastés entonces acerca del sufrimiento? Que es vanidad, efímero, pues si no hay vida después de la muerte, entonces ni el poco o mucho placer, ni el mucho o poco dolor tienen sentido, son absurdos. No tiene significado buscar una respuesta. Lo realmente importante es disfrutar lo poco que tenemos. En efecto, el sufrimiento es simplemente algo inefable, inexorable e inminente que sucede en la tierra; y lo único que podemos hacer es intentar suprimirlo en la mayor medida que podamos, evitarle y aliviar a otros tanto como sea posible. Entonces, ¿por qué sufrimos? La respuesta es que no hay respuesta.

### Otras respuestas bíblicas en torno al sufrimiento

Se halla otra respuesta más en torno al sufrimiento en el libro sagrado. Esta concepción es la *apocalíptica*, la cual se muestra y desarrolla en los libros tanto de Daniel como del Apocalipsis y muestra que el pecado humano no sólo se da por desobediencia, sino también por causa de entes demoniacos que le propician fuerza al mal, una fuerza que posee a personas y les pone en contra de la voluntad de Dios. Esto es, el *libre albedrío* se ve influenciado no sólo por la poca inteligencia de los hombres, sino también por entidades malvadas. Argumentan ambos libros que las cosas van mal y seguirán empeorando cada vez más y más hasta que Dios venga a salvar y a juzgar tanto a malvados como a justos.

La visión apocalíptica lidia y resuelve el problema del pueblo de Israel que se cuestionaba las razones por las que seguía sufriendo aun si obedecía las pautas que habían sido impuestas por Yahvé. Ella se mantuvo por mucho tiempo después en las concepciones del vulgo

<sup>14</sup> *Ibidem*, 2:24.

del Medioevo lo que, por supuesto, afectó el pensamiento de la actual población occidental y americana.

Si se sufría a causa del *libre albedrío* de otros entonces Dios, cuando llegara el juicio final, castigaría a todos estos infractores de su ley y les condenaría según los males que hubieran provocado. Si se sufría por castigos divinos, era porque no eran lo suficientemente justos como lo planeaba Yahvé. Pero Dios sopesaría la justicia que se había hecho en vida y de todos sus hijos, el que hubiera seguido de la manera más posible sus reglas, sería salvado, a diferencia de quienes se hubieran desviado drásticamente. Si hubiese sufrido en ciertas ocasiones injustamente, esto sería recompensado cuando llegara el fin de los tiempos. En resumen, todos los planteamientos del sufrimiento y los problemas que resultaban al aplicarlos se podían imbuir en esta concepción, pues no había quizá explicación, en última instancia, del sufrimiento, pero todo tendría recompensa en el más allá. Y quien no fuera salvado, sería condenado al sufrimiento eterno.

La idea apocalíptica está íntegramente ligada con la concepción de la expiación de Cristo; es de hecho ésta la respuesta más diáfana que se puede abstraer de los textos Neotestamentarios. Cristo ha venido a morir por nosotros para que seamos perdonados de todo pecado y así estar reconciliados con Dios. Él es la expiación, el sacrificio y la salvación que sólo será posible si acatamos las formas que Jesucristo vino a enseñar; así pues, tendremos que estar listos y puros para el juicio final.

Sin embargo, para todo esto existe un contraargumento histórico, ya que dichas interpretaciones eran válidas *exclusiva y únicamente* para la época en que los escritores vivían, es decir, no son vigentes para aplicar en la actualidad, la interpretación no puede ser adecuada con la realidad presente. Quienes escribieron aquellos textos apocalípticos tenían la noción de que muy pronto llegaría el final de los días, jamás estuvieron pensando en un futuro muy lejano, a ellos no les interesaba nuestro presente, simplemente estaban interesados en su futuro inmediato, pues el final de los días, aseguraban, estaba más que cerca, el cual, por cierto, *nunca llegó*.

Por ello, es insatisfactoria la respuesta que se ofrece en dicha concepción, pues además, si sus predicciones hubieran sido pensadas para nuestros días, sería una visión mítica e irrealista que en última instancia dotaría de un sinsentido a la lucha actual por conseguir una vida mejor y sin sufrimientos. ¿Qué más daría seguir evitando el dolor ahora

si en algún momento, cuando llegue Dios, todo se resolverá? El asunto se reduciría a una cuestión de fe ciega. Entonces, ¿hay respuestas satisfactorias, convincentes y, sobre todo, justas en el Antiguo y Nuevo Testamentos? Parece ser que no, que todo está atado a la decepción y a la desilusión, lo cual puede causar más sufrimiento y pesar, porque nuestra cultura está convencida que la visión cristiana tiene soluciones, y que no hay manera de refutarlas, pues existe un Dios justo y bondadoso.

## El sufrimiento en Arthur Schopenhauer

*Al marcharnos del mundo, le dejaremos tan tonto  
y tan malo como lo encontramos al llegar a él.  
Voltaire*

Si la vida del hombre deviniera a lo sempiterno, no habría razón para preguntarnos el porqué de la existencia del mundo. Lo que nos apura, lo que nos preocupa es hallar una respuesta al sufrimiento y, por tanto, tratar de darle aplicación para emprender la corta vida sin dolores ni turbaciones. Esto es un anhelo que el hombre siempre ha estado buscando, un deseo que lo ha llevado a hurgar hasta por debajo de las piedras. En tanto que prosigamos buscándolo, porque seguro es que lo haremos –y no lo hallaremos– será un deseo, un deseo inalcanzable que nos postergará el sufrimiento al infinito.

Para Schopenhauer somos voluntad, la cual es anhelación, necesidad, aspiración, querer, carencia, en definitiva, un constante deseo insaciable. La voluntad es parte esencial del sufrimiento, no tiene límite pues siempre, cuando conseguimos algo, estamos predisuestos a querer más, a desear algo nuevo, a anhelar eso con insistencia. En tanto que no conseguimos lo que deseamos, sufrimos cada vez más, esto es: mientras nuestra voluntad es más fuerte, lucha más por lo que quiere y está más propensa al dolor.

De igual manera, mientras más grande sea la inteligencia, más grande será la conciencia y, por tanto, el sufrimiento será mayor. El sufrimiento se incrementa paralelamente con la inteligencia. La conciencia funciona, cual causa eficiente, en razón de que nos percatamos de nuestras incontables necesidades, pues somos los seres más desamparados del orbe.

Schopenhauer, en *Adiciones a la teoría del sufrimiento del mundo*, dice que “si el sufrimiento no fuera la finalidad próxima e inmediata de nuestra vida, nuestra existencia sería lo más inadecuado del mundo.”<sup>15</sup> Es decir, la vida se caracteriza por el sufrimiento, éste le otorga significado, le da un cáriz interesante capaz de oprimir el tedio y el aburrimiento. Todo anhelo suprime pasividad ya que cuando se va al encuentro del deseo se exalta la voluntad; de otra forma, aparecería la apatía y la indiferencia, lo cual es peor que el deseo ilusorio. E ilusorio es, porque de alcanzarlo, surge una nueva necesidad, un nuevo deseo. Estamos condenados a desear en todo momento y de todas maneras.

Schopenhauer muestra su pesimismo, en mayor grado, al decir que el sufrimiento es algo positivo mientras que la felicidad es negativa. Pues “nosotros sentimos el dolor, mas no su ausencia; sentimos la preocupación, pero no su falta; el miedo y no la seguridad. [...] Echa-mos de menos los goces y las alegrías en cuanto faltan, pero los dolores no se echan de menos inmediatamente, ni tan siquiera tras una larga ausencia, sino que se piensa adrede en ellos por medio de la reflexión.”<sup>16</sup> Nuestra existencia no está libre del sufrimiento. El sufrimiento vendrá de alguna u otra forma, y no podemos evitarlo.

La postura de Schopenhauer es análoga a la visión del Eclesiastés, a diferencia de que en este filósofo la visión está purificada enteramente de la presencia divina. No hay forma de escapar del dolor, no hay forma de evitarlo, siempre y cuando estemos movidos por la voluntad que parece incontrolable y, pues, de hecho, lo es. Los ideales no caben en la mente de Schopenhauer, ni divinos, ni terrenales. Su filosofía es radicalmente pesimista, pues la voluntad, que trae consigo inmanente el sufrimiento, funciona en todo momento, ya que, el hombre, que no es movido por motivos o por *quereres*, no es hombre que esté vivo. ¡La voluntad se hace presente en todo momento y no permite que queramos lo que queremos!

<sup>15</sup> Schopenhauer, A. *Parerga y Paralipómene* (Capítulo 12: *Adiciones a la teoría del sufrimiento del mundo*), traducción de Pilar López de Santa María, Trotta, 2009, Madrid, p. 307.

<sup>16</sup> Schopenhauer, A. *El mundo como voluntad y representación* (Vol. II), Edición de Roberto R. Aramayo, FCE, 2003, España, p. 556.

## **Dios ateo: Nietzsche y el sufrimiento; de la negación del ideal ascético sacerdotal**

*El cristianismo es una metafísica del verdugo.*

F. Nietzsche

Hemos aducido en apartados anteriores que la actual moral, que fue dominante en toda la Edad Media y que se infiltró en algunos autores modernos, es aquella que predomina en el pensamiento de la cultura tanto occidental como americana; moral cristiana que es fuente de inculpación y, por tanto, origen grosero de sufrimiento. Ante esto, aparece Nietzsche con su visión del ascetismo, su negación del cristianismo y, en general, de la moral, todo lo cual no hace más que postergar el bienestar del individuo, y entorpecer y perturbar continuamente su apacibilidad, pues el sufrimiento que imputa la espera del perdón y la salvación, el castigo divino, la culpabilidad a causa del supuesto *libre albedrío*, sólo extienden el malestar en el ser humano.

El hombre que busca una respuesta al sufrimiento es aquel que trata de darle sentido a su existencia. La religión cristiana no la encuentra ni teórica, ni prácticamente. La teoría del cristianismo respecto al sufrimiento la hemos analizado ya. La práctica, siguiendo a Nietzsche, sólo actúa con torpeza culpando al individuo de su propio sufrimiento, alimentando su dolor y no le soluciona nada, únicamente redundando en inculparle continuamente por sus actos y, con ello, parsimoniosa y cruelmente su malestar va aumentando, sin hallar solución ni respuesta.

El ideal ascético sacerdotal posee la cualidad de suprimir todos los placeres, porque el mundo, según se dice, es el camino del error. Entonces, el sacerdote se aleja. Así "las cosas fracasadas, degeneradas, la enfermedad, la fealdad, el daño voluntario, la mutilación, las mortificaciones, el sacrificio de sí mismo, son buscados como un goce."<sup>17</sup> Se desprecia la vida y, esto, dice Nietzsche, es reprochable porque no busca la reafirmación, la exaltación de la voluntad de poder, sino que oprime, apaciguando de manera lentísima la aniquilación del sufrimiento, la realización de sí mismo.

Estos predicadores de verdades insulsas envilecen más a las almas ávidas de curación. El beneficio que se obtiene de enfermar a la

<sup>17</sup> Nietzsche, F. *La genealogía de la moral*, traducción de Eduardo Ovejero y Maury, Porrúa, 1993, México, p. 204.



gente que pide respuesta a su sufrimiento, es el de ser una necesidad, una aparente cura, un instructor, un dios, a fuerza de dominarlos y poder sostener así su poder.

El error radica en tratar de enfermar, de juzgar, de castigar a los cristianos, en concebir una *causa imaginaria* que no resuelve el problema del sufrimiento. El ascetismo sacerdotal es fuente de este mal, a diferencia de aquel ascetismo que profesaban algunos filósofos que buscaban su apacibilidad, su elevación espiritual, la exaltación de la voluntad de poder. Si bien como veremos más adelante, Nietzsche deplorará el ideal ascético de Schopenhauer, no debemos olvidar que aquello que reafirme la vida, como el ascetismo y la moral que tenían los budistas que pretenden restablecer la salud y el bienestar, es aceptado por la visión nietzscheana. Por ende, aquellos filósofos se alejaban del mundo y de sus placeres para reafirmar la vida misma, para evitar el sufrimiento que propiciaban las vivencias innecesarias, porque amaban la vida. Otorgaban un valiosísimo sentido al sufrimiento, buscaban conservarse, luchaban por la existencia. El ideal ascético reafirmante de la voluntad de poder es el arte de conservar la vida, y de evitar los dolores lo más posible, para hacer de ésta una vivencia más gozosa.

### La negación del *libre albedrío*: atados a los azares del destino

¿Cuál es aquella causa imaginaria que es el origen del pecado humano? ¿Qué le otorga lógica a la ideología cristiana ante la existencia del mal y del sufrimiento? ¿Qué antepuso Descartes como la virtud más sobresaliente del individuo? ¿Qué supuso Agustín que poseíamos los seres vivientes para poder derrocar al dualismo? Nada más ni nada menos que el *libre arbitrio*, es decir, la libertad. La culpabilidad imputada a los pecadores es algo que les obceca indeterminadas veces. Las faltas de los pecadores son causa de su *libre albedrío*, dice el ideal ascético sacerdotal, y eso los esclaviza a un sufrimiento, aparentemente, para los dolientes, perene e interminable. El hombre era libre porque se le creía culpable de su propio sufrimiento.

Al negar la moral cristiana, Nietzsche niega el *libre albedrío*, y arguye ello diciendo que éste es una confusión de la causa con la consecuencia. Se cree que el obedecer a la moral implica no recibir castigo alguno, o que el mal proviene de nuestros actos sojuzgados como malos,

mientras que nuestro actuar, en determinadas circunstancias, en función de las necesidades fisiológicas, se confunde, en este caso, con la libertad humana y con las necesidades biológicas humanas.

Hemos confundido continuamente la causa con la consecuencia, damos razones de algo que no es certero, ni el porqué de su implicación. Las causas fisiológicas (aspecto biológico humano) son la única razón por la que actuamos de determinada forma, no hay bien ni mal, sino que actuamos, en ciertas ocasiones, a fin de hallar la saciedad de nuestra necesidad natural. Y creemos, aún así, tener la noción de la causa del sufrimiento o del pecado, creemos saber qué es una causa, gracias a los instintos, a los hechos internos (los cuales se denominan como las creencias comunes que se creían causas), a los que pertenece *la voluntad libre*, a saber, el *libre albedrío*, ya que "todo acontecimiento era un acto, todo acto, consecuencia de una voluntad, el mundo se convirtió para ella (para la psicología antigua) en una pluralidad de agentes, a todo acontecimiento se le imputó un agente".<sup>18</sup>

Se buscan entonces causas (con el instinto [causal]) a todo cuanto se puede explicar o se nos presenta para ser explicado. ¿Qué explicación, qué causa tenía el sufrimiento humano, según el cristianismo? Lo nuevo, lo no vívido, lo extraño, queda excluido como causa, a pesar de que ofrecería la respuesta correcta. Lo vulgar, lo cotidiano, lo más escuchado, lo no nuevo, lo vívido sobresale, queda por fin dominante, se excluyen otras causas y aclaraciones que bien podían ser indiferentes para el vulgo porque no son adecuadas o no tienen armonía con la ideología a la que se asocian. El hombre era libre, por tanto, culpable de su sufrimiento, y después, hombre pecador: "el banquero piensa enseguida en el negocio, el cristiano en el pecado."<sup>19</sup> El pecado es causa del sufrimiento, el libre albedrío es causa del pecado, dice la ideología cristiana. Se quieren encontrar culpables, se quiere hallar una justificación inicua y nada convincente.

Toda la vieja psicología, la psicología de la voluntad, tiene su presupuesto en el hecho de que sus autores, los sacerdotes colocados en la cúspide de las viejas comunidades, querían otorgarse el derecho de imponer castigos: querían otorgarle a Dios ese derecho [...]. A los se-

<sup>18</sup> *Ibidem.* p. 70.

<sup>19</sup> *Ibidem.* p. 73.

res humanos se les imaginó libres para que pudieran ser juzgados, castigados para que pudieran ser culpables.<sup>20</sup>

Para Schopenhauer, la libertad en su totalidad es negada, en un primer momento, por la autoconciencia inmediata: "La autoconciencia (el conocimiento de uno mismo) afirma la libertad del hacer bajo el supuesto del querer: mas lo que se cuestiona es la libertad del querer".<sup>21</sup> Es decir, la autoconciencia inmediata supone al hombre libre, confundiendo la libertad física con la libertad moral; siendo la primera aquella de la que no se tiene impedimento físico; y la segunda, de la que no se tienen impedimentos morales, esto es, motivos, necesidades, anhelos, etc. La autoconciencia inmediata no puede afirmar nada sobre la libertad de la voluntad porque se halla fuera de ésta. El "puedo hacer lo que quiero" se encuentra en la autoconciencia inmediata, sin embargo, la voluntad ya ha decidido qué es lo que quiere que puede hacerse. El poder hacerlo es una consecuencia de la voluntad implícita anteriormente. Surge, entonces, por parte del que afirma ser libre, una confusión de la voluntad con la autoconciencia,<sup>22</sup> mientras que el hombre es la voluntad misma, y ella es como quiere y quiere como es.

*El hombre no es libre* del modo que lo pregonan el cristianismo –siguiendo la concepción nietzscheana– y *no es en absoluto libre, en ningún sentido*, siguiendo el pensamiento de Schopenhauer. El hombre está dirigido por sus necesidades fisiológicas, por su biología, dice Nietzsche, para negar así la culpabilidad inflingida por el cristianismo. Dirigido por la voluntad en todos los aspectos, afirma Schopenhauer, no es capaz de decidir querer lo que quiere, pues ante cualquier querer se antepone otro de la misma razón. Esto implica decir que la voluntad no es libre, pues lo libre es aquello que no es necesario, que está libre de necesidades.

## El arte y el ascetismo

Localizados ya en una visión radicalmente pesimista, parece hasta extraño que Schopenhauer, en *El arte de buen vivir* y en *El mundo como*

<sup>20</sup> *Ibidem*, p. 75.

<sup>21</sup> Arthur Schopenhauer, *Los dos problemas fundamentales de la ética*, Traducción de Pilar López de Santa María, Siglo XXI, 1993, Madrid, p. 49.

<sup>22</sup> *Cfr. Op. cit. Los dos problemas fundamentales de la ética*, p. 53.

*voluntad y representación*, proponga dos "soluciones" al sufrimiento. En primera instancia, son soluciones que *no son elegibles*, sino que son meros razonamientos que él prevé, por decirlo así; y que evitan en cierta medida el sufrimiento, visión que obviamente es la que resulta concorde a su visión pesimista. En un segundo término, sin embargo, Schopenhauer termina *suponiendo* que se es libre afirmando que dejará de lado, para redactar aquello, su visión determinista volitiva, su filosofía verdadera. Lo anterior lo muestra la siguiente cita:

La vida feliz, así definida, nos apegaría a ella por sí misma y no sólo por el temor a la muerte, que desearíamos verla durar indefinidamente. Si la vida humana corresponde o puede corresponder a la noción de esa existencia, es una cuestión a la cual ha respondido negativamente mi filosofía; por el contrario, la eudemonología presupone una respuesta afirmativa. Ésta, en efecto, se basa en el error innato, que he combatido en mi gran obra, al comienzo del capítulo XLIX, Volumen II (*El mundo como voluntad y representación*). Por consiguiente, para poder tratar la cuestión, he debido apartarme por completo del punto de vista elevado, metafísico y moral a que conduce mi verdadera filosofía. Todos los asuntos que siguen están fundados, en cierto modo, en una acomodación, en el sentido que se examina desde el punto de vista habitual y empírico, y conserva aquel error.<sup>23</sup>

Schopenhauer opta en este libro por dejar de lado aquella visión determinista, para explicar lo meramente empírico, lo habitual, o dicho en mejor forma, lo que la autoconciencia inmediata afirma de la libertad. En varios pasajes afirma la inclemencia y caos que existen en el mundo, y que sólo es posible sentir lo apacible y lo cómodo si se opta por la supresión de placeres que traen consigo dolores ulteriores. Toma fragmentos epicureístas y aristotélicos que son hedonistas y eudemonológicos, respectivamente. De igual manera, el conocimiento será aquella actitud que posea el hombre para suprimir el tedio en sus momentos de ocio, cuando se halle alejado del mundo; en definitiva, es la clara afirmación de que la filosofía, la sabiduría, es el analgésico para el sufrimiento.

No obstante, en su visión determinista, el ascetismo no sería más que una consecuencia de la voluntad, una mera manifestación de la vo-

<sup>23</sup> Schopenhauer, A. *El arte del buen vivir*, Editorial Edaf, Madrid, 1995, pp. 39-40.

luntad, algo que no es elegible, sino necesario por el querer moral. Es la razón por la que se niega por completo la vida, se busca la nada, el nihilismo se hace presente.

Encontramos también el arte, más específicamente hablando, la música. Según Schopenhauer, sería aquella musa que pone en vilo la voluntad, es el momento en que se encuentra la voluntad diluida y *sin querer más, ergo menor será el sufrimiento*. Schopenhauer lo afirma así: "La inexpresable intimidad de toda música, que la hace pasar ante nosotros como un paraíso familiar pero eternamente lejano y le da un carácter tan comprensible pero tan inexplicable, se debe a que reproduce todos los impulsos de nuestro ser más íntimo, pero separados de la realidad y lejos de su tormento."<sup>24</sup>

La voluntad no actúa cuando penetra en la música, en el arte; se separa de esa tormentosa realidad de deseo continuo e insaciable. El arte es un analgésico temporal de la conciencia en el mundo. La música, entonces, es aquello que nos aplaca, que apacigua a la misma voluntad, obteniendo así la alegría, la felicidad efímera que expresa el *Eclesiastés*. Hasta el mismo Schopenhauer, nos dice Edouard Sans, en su libro *¿Qué sé? Schopenhauer*, recomendaba a sus alumnos berlineses la música como una purificación del espíritu.<sup>25</sup>

En contraposición aparece Nietzsche, localizado ya como un hombre que sí, ciertamente, niega el *libre arbitrio* en el sentido que la iglesia lo utiliza para culpabilizar, pero afirma la *libertad* en tanto que el individuo decide por sí mismo sin dejarse influenciar por ajenos; la afirma como la exaltación de la voluntad de poder. También de esta manera se le antepone al pesimismo de Schopenhauer. Nietzsche criticará la metafísica schopenhaueriana, diciendo que su concepción de voluntad es demasiado abstracta y que no se puede atisbar de manera certera qué se dice de ella; niega, realmente la metafísica en sí. Seremos libres, entonces, para Nietzsche, en la medida en que podamos decidir qué hacer o cómo vivir; de que no se nos antepongan arquetipos de vida de otros, pues esto apaciguaría la vida, la voluntad de poder misma. Negará de esta forma también la voluntad de vivir de Schopenhauer, cosa que éste mismo intenta hacer, pero él lo reduce a un nihilismo que rechaza la vida, al no querer desear. Es un estado de debilidad, cosa que el ideal

<sup>24</sup> Schopenhauer, A. *El mundo como voluntad y representación* (Vol. 1), Editorial Trotta, Traducción de Pilar López de Santa María, 2004, Madrid, p. 320.

<sup>25</sup> Cfr. Sans, E. *¿Qué sé? Schopenhauer*, CONACULTA, 1995, México, p. 53.

ascético sacerdotal, en sí, todo el cristianismo, también hacía, o hace. A lo que Nietzsche responde con la *Voluntad de Poder*, la cual es aquella que busca la reafirmación de la vida, no la búsqueda de la nada; es aquella que le da vitalismo al ser humano, exagera sus ganas de buscar el cómo y el porqué para ser alguien, y ser lo que se quiere ser. El hombre que está lleno de vitalismo (de salud) acepta el dolor y el placer que le otorga la vida, pero es capaz de anteponerse a los pormenores; es que el dolor, el sufrimiento, el nihilismo de la vida, es muestra de su fortaleza; ante ello, hay que aceptarlo con genio estoico, sin menospreciarlo ni negarlo.

El arte para Nietzsche también es cosa contraria, pues mientras que para Schopenhauer es la disolución de la voluntad, para aquél es la exacerbación del vitalismo, de la voluntad de poder. Schopenhauer pretende eliminar la voluntad de vivir, negar la vida, cuando dice que la música suprime el deseo. Nietzsche afirma que la música nos llena de vida. En definitiva, para Nietzsche somos seres que viven, que quieren, que anhelan, y que durante esa búsqueda se topan con el sufrimiento, de hecho, lo buscamos porque vivimos, pero ello no implica negarlo, sino aceptarlo y traspasar esa mala racha. El sufrimiento tiene sentido, siempre y cuando se tengan las fuerzas y la salud para querer seguir vi- viendo.

## Conclusión

Ante la afirmación de que la Biblia es un libro eminentemente humano, enunció que nuestra alma ha sido guiada por senderos equivocados, dada la repercusión que esta obra ha tenido en el pensamiento occidental. La culpabilidad constante, el sufrimiento moral y el físico son causa de nuestro libre albedrío, dice la cristiandad. Son respuestas insatisfactorias que devienen en el pesimismo del Eclesiastés. Schopenhauer retoma este ideal y le da un giro aún más pesimista, seculariza su pensamiento: entonces ¿por qué sufrimos? ¿Hay respuesta al sufrimiento? Schopenhauer dice que es el único sentido de la vida, si así no fuera, la existencia del hombre sería lo más inadecuado. ¿El sufrimiento es evitable? Schopenhauer dice que no, y por ello afirma que el ascetismo es la expresión más acertada de la voluntad, en definitiva niega la vida: *lo vivo niega la vida*. Nietzsche, acepta que el mundo es cruel, hay maldad y es inevitable sufrir, pero aquel sufrimiento debe ser aceptado, pues denota vitalismo. Libres en elegir lo que es

bueno para nosotros, exacerbamos la voluntad de poder, y le damos sentido a la existencia, y por ende, al sufrimiento.

Por el hecho de que el mundo está lleno de dolor, porque la vista y en gran parte el pensamiento aludan al sufrimiento y que no haya una respuesta clara de por qué sufrimos, no debemos franquear, no debemos negar la vida, sino sacar a relucir nuestra potencialidad y disfrutar también de aquellas pequeñas cosas de la existencia, quizá no tan efímeras como pregona el Eclesiastés. Ciertamente, el mundo y su nihilismo le dan un interesante sentido a la existencia, pues es el impulso por *vivir*. ¿Qué es vivir pensando en negar la vida? Es la muerte misma.